

## ENCUENTRO DE SUPERIORES MAYORES 2011

### Homilía del P. Silvio Sassi (Roma, 15 de noviembre de 2011)

Guiados por la liturgia, comenzamos nuestro encuentro de Congregación observando a **san Alberto Magno** con la mirada que sobre él pone el beato Santiago Alberione viéndole como un santo comprometido en evangelizar con la palabra y con los escritos, un modelo para nuestro carisma.

Queriendo fijar un fundamento teológico e histórico al apostolado con la prensa, el P. Alberione reseña a quienes han predicado el Evangelio con los escritos y, entre ellos, a los Doctores de la Iglesia, como san Alberto Magno (cfr. *Apostolado de la prensa*, 1933, p. 13). Cuando, a finales de 1953, redacta *Abundantes divitiæ gratiæ suæ*, recuerda que, tras cuarenta años de la fundación, quedan aún cosas por hacer: entre ellas la “unificación de todas las ciencias” que permita a los hombres de cultura abrirse a la teología. En este contexto el P. Alberione se refiere explícitamente a san Alberto Magno y a santo Tomás de Aquino (cfr. *AD*, n. 191-192).

En el santuario a María Reina de los Apóstoles, el Fundador quiso un altar dedicado a San Pablo, bendecido el 18 de marzo de 1961, e indicó él mismo los personajes que se debían representar alrededor del Apóstol: seis pintados en la tela y 4 esculpidos a los lados; en la pilastra de la izquierda está san Alberto Magno, como modelo de quien une ciencia y fe, predicación oral y predicación escrita.

Haciendo memoria de san Alberto Magno al estilo del P. Alberione, comenzamos nuestro encuentro observando a un modelo de nuestro apostolado y, por tanto, poniendo en el **centro** la misión de evangelizar en la comunicación con la comunicación de hoy. También el servicio de la autoridad, en todos los niveles y en todas sus formas, hay que pensarlo y ejercerlo para motivar a todos y coordinarlos en la **santificación mediante nuestro apostolado específico**.

Merece recordarse al respecto el art. 66 de las **Constituciones**: «Nuestra comunidad está caracterizada por la vida apostólica, que “pertenece a la naturaleza misma de la vida religiosa”. Todo, desde la práctica concreta de la vida fraterna a la consagración, a la formación humana, espiritual, intelectual y profesional, y asimismo las estructura de gobierno y de administración, todo está supeditado a nuestra vocación apostólica».

El servicio de la autoridad no tiene fin en sí mismo, sino que es para “unir las fuerzas” en vista de la misión; los argumentos que trataremos en estos días hemos de verlos desde el **punto de vista de la misión paulina**, no por el gusto de la burocracia.

Para disponernos a esta mentalidad apostólica, reflexionemos sobre los textos de la Sagrada Escritura que hemos escuchado. En la **primera lectura** (*2Mac 6, 18-31*), el gesto del anciano Eleazar rehusando cualquier ficción de infidelidad a Dios aun a costa del martirio, está motivado con las palabras: “No es digno de mi edad ese engaño. Van a creer muchos jóvenes que Eleazar, a los noventa años, ha apostatado, y, si miento por un poco de vida que me queda, se van a extraviar con mi mal ejemplo”.

Dado que nosotros somos miembros de una Congregación, no eremitas, nuestra vida de fe no tiene sólo una dimensión “**privada**”, en la que todo se limita a una relación solitaria con Dios. No, al vivir en comunidad, hemos de poner en práctica también una dimensión “**social**” que nos permite considerarnos, experimentarnos y ejercitarnos como una “unión de fuerzas”.

A casi cien años de existencia, la Congregación, presente en las naciones de los cinco continentes, representadas aquí y ahora, se compone de Paulinos de generaciones diversas: viéndolas desde un punto de vista de la edad, se releva una proporción diversa entre las generaciones más adultas y las jóvenes generaciones. Con todo, en este momento, a partir de tal fenómeno complejo, yo quisiera resaltar únicamente un hecho, sirviéndome de una frase del **papa Pablo VI**: “La caridad debe ser como una activa esperanza de lo que los demás pueden llegar a ser gracias a nuestra ayuda fraterna” (*Evangelica testificatio*, 29.06.1971, n. 39)

En este trienio de preparación al jubileo del carisma paulino, constituye parte de nuestro servicio de autoridad, la capacidad de indicar, recordar, ilustrar a quienes pueden ser considerados

de “**buen ejemplo**” en el modo de vivir la vida paulina: nuestros beatos y venerables, Hermanos que nos han precedido dejando fama de una ejemplaridad que en la circunstancia de los funerales suele subrayarse con sinceridad, y Hermanos que sin exhibición viven hoy con fe su vida: entre las “abundantes riquezas” que la Providencia concede también hoy a la Congregación, está la santidad de los muchos a quienes debemos considerar “Paulinos fieles”.

Favorecer entre las generaciones paulinas la ayuda recíproca del “buen ejemplo” tiene como finalidad la de **construir comunidades para la misión**: “La vida religiosa será tanto más apostólica, cuanto más íntima sea la entrega al Señor Jesús, más fraterna la vida comunitaria y más ardiente el compromiso en la misión específica del Instituto” (Juan Pablo II, *Vita consecrata*, 25.03.1996, n. 72).

Al realizar la misión como comunidad, debemos promover en nuestros Hermanos el objetivo que Cristo Maestro nos recuerda en el paso del **Evangelio** (*Lc 19,1-10*), comentando el encuentro con el publicano Zaqueo: “El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”.

No compartiendo la actitud de los responsables religiosos de su tiempo, que consideraban a los publicanos como gente irrecuperable para la fe, Jesús se autoinvita a comer en casa de Zaqueo porque sabe “levantar los ojos” hacia las ramas de una higuera donde se había encaramado un publicano para verle pasar.

A todos nosotros, a quienes ha sido confiado el servicio de la autoridad, este episodio nos enseña que no debemos sólo solicitar la atención a los **destinatarios** y a los responsables del apostolado, sino también a cuantos desempeñan su apostolado en la formación paulina, en la animación espiritual, en acompañar a los Institutos paulinos de vida secular consagrada y a los Cooperadores.

Para que la Congregación pueda desarrollar un apostolado que “busque y salve lo que estaba perdido”, el servicio de la autoridad debe motivar y vigilar las **obras apostólicas**; contribuir a elaborar iniciativas de **propuesta vocacional** en las que resulte clara la fisonomía del apóstol paulino como “misionero en la comunicación”; promover una **formación integral**, en todas las etapas, que prepare jóvenes Paulinos sensibles a percibir “las demandas” de nuestros destinatarios, más bien que a hacerles perezosos complaciéndose en las “respuestas” ya confeccionadas, estudiadas en los libros; velar sobre los ejercicios espirituales, retiros, meditaciones, homilías talmente “genéricas” que no ayuden la mayoría de las veces a entender y vivir una **espiritualidad** para la misión, como nos enseñó el Fundador; profundizar con la formación permanente la construcción de una **vida comunitaria** en todos sus aspectos para que pueda ser fecunda en la misión.

San Alberto Magno, Eleazar y Zaqueo sean “**estímulo**” en nuestros trabajos.